

Nut-Seneb¹

Guillermo Caamaño²

Frente a la estatua de la diosa Nut, el sacerdote dormía en el suelo en posición fetal, recostado sobre un círculo de cuero cosido por manos expertas a partir de las pieles de siete bueyes sagrados curtidas con la orina de siete vírgenes. Su pesado sueño había empezado por la tarde, tras ingerir la infusión ritual de loto azul que inadvertidamente contenía también raíz de mandrágora. Tenía las muñecas atadas a los tobillos con finos juncos de la ribera del Nilo y su cuerpo desnudo había sido untado con limo fresco de la última crecida, que al secarse había formado una delgada y frágil costra. El tenue resplandor de siete lamparillas de terracota, dispuestas simétricamente a su alrededor, apenas quebrantaba la oscuridad impuesta por la luna nueva, que se filtraba por los ventanales del templo como un espeso manto de carbón.

En el exterior, un mercader esperaba en silencio junto a la pequeña hoguera que había improvisado. En las alforjas de sus camellos se mezclaban sin orden aparente vasos esmaltados repletos de fragantes esencias, vasijas con especias capaces de colorear vivamente el más gris de los platos, gruesos brazaletes dorados de enigmático diseño, collares de cuentas de falso marfil y vetustas lámparas de aceite forjadas en el lejano oriente. Débiles reflejos metálicos titilaban por aquí y por allá al compás de las llamas.

Una mujer se acercó a la hoguera. Vestía una exquisita túnica de seda que parecía flotar sobre sus hombros. Había maquillado sus párpados con ceniza y colgado de sus orejas los pendientes de oro y lapislázuli que recibió al ingresar en el templo. Su mirada recorrió indiferente las alforjas. El mercader habló casi en un susurro, subyugado por la belleza de la mujer.

— Gran sacerdotisa, mi negocio es humilde y mis baratijas no alcanzan la altura que tu dignidad merece. No entiendo por qué me has hecho venir.

¹ Recommended Citation

Caamaño, Guillermo. "Nut-Seneb." *JACLR: Journal of Artistic Creation and Literary Research* vol. 12, no. 1, 2024, pp. 1-4:

<<https://www.ucm.es/siim/journal-of-artistic-creation-and-literary-research>>

©Universidad Complutense de Madrid, Spain

² **CONTACT** Guillermo Caamaño <guillermo@idt.es>



— Dices verdad. No te corresponde juzgar mis actos —respondió ella, con la voz serena que había acuñado en sus años de veneración a Nut—. Dame una de esas lámparas.

El mercader escogió la que le pareció más reluciente, pero ella la desdeñó y tomó por sí misma una de las más desgastadas.

— Espera aquí, no he terminado contigo.

De vuelta al interior del templo, la mujer se detuvo en el círculo de cuero junto al sacerdote. Colocó sobre el cuerpo inerte la lámpara de aceite y, a sus pies, un frasco de alabastro donde había acumulado las almas de quienes acudían a ella para morir, demasiado pobres para pagarse un embalsamamiento y un papiro que les guiase de forma segura hasta la otra vida. Alzó los brazos en señal de súplica y habló hacia la estatua de la diosa que presidía el altar, cuyo largo cuerpo arqueado en forma de bóveda apoyaba en el mismo pies y manos.

— Poderosa Nut, te ofrezco estas almas para tu uso y regocijo. Conviértelas en esclavas que sirvan diligentes tus deseos más ocultos y colmen de placeres tu eternidad. A cambio, te pido que otorgues a este hombre el don de los antiguos dioses de la fortuna y le concedas esta lámpara como única y última morada.

Tras pronunciar estas palabras, retiró la tapa del frasco de las almas, retrocedió hasta salir del círculo, se arrodilló y apoyó en el suelo su frente y las palmas de las manos.

Una fina columna de humo blanco surgió desde el alabastro, tornándose pronto en atropellada espiral que apagaba las lamparillas a su paso y se iba ennegreciendo hasta desaparecer por la boca de la estatua.

Al mismo tiempo, la envoltura de barro se fragmentó y la lámpara cayó a través del hueco que segundos antes había ocupado el cuerpo del hombre, quedando sobre el cuero, rodeada por diminutos fragmentos de limo reseco y con una pequeña llama ardiendo en su mecha como única fuente de luz de toda la estancia.

La mujer volvió junto al mercader y le entregó de nuevo la lámpara, ya apagada, junto con siete monedas de oro.

— Quiero que la lleves en tu viaje más lejano y la vendas al hombre más pobre que encuentres, a no menos de veinte iteru de aquí. Eso es todo.

— No quiero ofenderte, ni poner en duda tus actos o suponer su significado — objetó el mercader—. Pero la oscuridad reflejada en tu rostro me hace pensar que quizá mañana te arrepientas de tu encargo y quieras recuperar este objeto que ahora me encomiendas.

— De nuevo hablas con verdad. No debes cuestionar mi mandato. Parte ahora y, si me desobedeces, que la ira de de Nut tiña tus ojos de tinieblas y torture tu corazón eternamente.

Los camellos se orientaron sin dificultad en la noche y pronto desaparecieron en el estrellado horizonte. La mujer no pudo evitar revivir en su mente el discurso que había pronunciado esa tarde, cuando el sacerdote aún estaba consciente pero su cuerpo ya no le permitía resistirse a la voluntad de ella.

— El deseo que no supiste contener rompió tus votos sagrados y los míos al derramarse en mis entrañas por la fuerza. Podría matarte, pero eso no apaciguaría las brasas que arden en mi pecho. No morirás. Al contrario, tu vida se prolongará durante miles de años como espíritu solitario encerrado en una pequeña lámpara de metal, de la que sólo saldrás brevemente cuando un hombre pobre intente sacarle brillo al frotarla. Ni siquiera en esos momentos podrás satisfacer tus propios deseos, sino los de ese hombre, quien cometerá tales excesos, llevado por la euforia de poseer las riquezas que tú estarás obligado a concederle, que acabará más solo y pobre que antes de encontrarte. Aunque no tanto como tú mismo, que habrás vuelto a una herrumbrosa y oscura morada por otro largo periodo, en un ciclo mil veces repetido, que sólo acabará con tu sufrimiento cuando alguien destruya o funda el metal de tu prisión.

Siguió recordando cómo le había despojado de sus vestiduras y preparado para el ritual, mientras se despedía de él para siempre:

— Puede que yo haya muerto la próxima vez que veas la luz de Ra, pero antes de eso habré disfrutado una larga y próspera vida como la sacerdotisa que concibió virginalmente a Hapu-Seneb, a quien guiaré con una mano de lino y otra de bronce, hasta que su brillante estela eclipse todo recuerdo de lo que tú y yo hayamos sido. A esta nueva labor me consagro desde hoy. Y por el poder que Nut me ha otorgado, juro que no fracasaré.

Perfil del autor/a

Guillermo Caamaño (Palma del Río, Córdoba, 1960) se afincó a los dieciséis años en Granada, para cursar estudios de Biología, obteniendo el Doctorado en 1986 por la rama de Bioquímica, junto al título de Programador de Aplicaciones de Gestión. Inició su labor profesional como docente en la universidad y más tarde en entidades privadas. Casado y padre de dos hijos, en 1997 abandonó la enseñanza para fundar Instituto de Desarrollo Tecnológico (www.idt.es) y dedicarse al desarrollo de aplicaciones informáticas para empresas. Siempre tuvo inquietudes literarias, aunque permanecieron en quinto plano hasta su unión al Taller de Escritores de Granada. En 2021 publicó «El asesino de las esferas y otros relatos». Sus autores de cabecera tienen nombre de César y se apellidan Verne y Cortázar.

CONTACTO: <guillermo@idt.es>

Enlace a sus perfiles:

Instagram: @gcogr

Blog: lauderat.blogspot.com